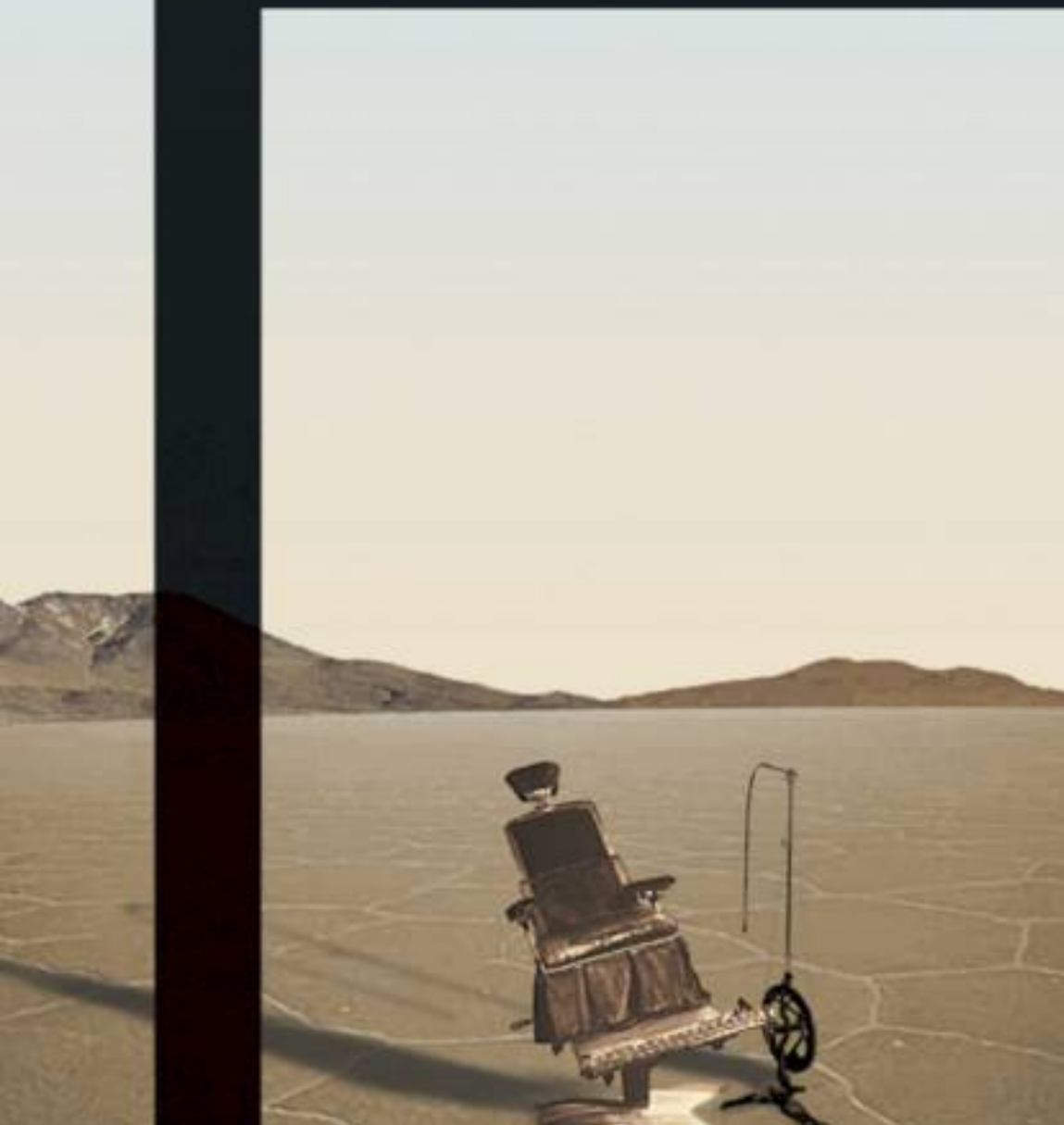


ALEACUARA

El sangrador

Patricio Jara



ALFACUARA



Patricio Jara

El sangrador

Índice

Portadilla

Índice

Primera Parte

1

2

3

4

5

6

Segunda Parte

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Tercera Parte

16

Cuarta Parte

17

18

19

20

21

22

23

24

Quinta Parte

25

26

27

28

Sexta Parte

29

30

31

32

33

Autor

Créditos

Grupo Santillana

Primera parte

1

Apolonio Mancuso abandonó su pueblo cuando llegaron los primeros dentistas profesionales. Sin que nadie lo advirtiera, sin que ningún rumor circulara entre las ferias, la plaza o las decenas de chinganas instaladas en sus principales calles, pero con la misma fuerza y velocidad con que de noche se volcaban las carretas de los contrabandistas de aguardiente internados en las quebradas periféricas, de pronto todos los viejos flebótomos que por años se encargaron de la dentadura de los habitantes de Elvira y sus alrededores, todos los viejos y rudos flebótomos que aceptaban cualquier encargo por complicado que fuera, se quedaron irremediabilmente sin trabajo.

La delegación llegó al pueblo una calurosa tarde de octubre de 1871. Venía acompañada por una patrulla del ejército boliviano que salió con ellos desde La Paz para resguardar de los asaltantes a los cuatro carruajes en que traían dos sillones dentales perfectamente embalados, cinco cajones con botellas de anestésicos y desinfectantes selladas en Inglaterra, además de un baúl con una extensa colección de manuales, recetarios y numerosos instrumentos quirúrgicos importados.

Apenas la caravana se detuvo frente al policlínico municipal, las autoridades salieron a darle la bienvenida a los dentistas. Se trataba de dos veintiañeros, formados por reconocidos médicos españoles avecindados en Lima. Muy instruidos, sin duda; destacados alumnos de prestigiosas academias, pero demasiado jóvenes para el gusto de Mancuso, el primero en verlos de cerca, pues solo sumando sus edades lograban sobrepasar los años de experiencia que él tenía dentro de las bocas del pueblo.

La noticia se extendió como un chorro de veneno por la plaza y las callejuelas, provocando de inmediato que los vecinos se agolparan a vitorearlos como héroes, ante la mirada atónita de Apolonio, quien contemplaba la escena tratando de mantener firmes los pies para no desplomarse de impresión.

—Ahora sí nos jodimos —rezongó el flebótomo mientras se alejaba de la multitud, sorteando los charcos de agua sucia que se formaban por los baldeos de las vecinas para que el viento de la tarde no levantara remolinos de polvo harinoso.

Sin dejar de escupir maldiciones a quien se le pusiera por delante, Apolonio seguía su retirada ajustándose a cada tanto sus anteojos de montura metálica, sostenidos por obra y gracia de un par de alambres remachados con fuerza. La brisa cálida de la tarde revolvía su cabello canoso y tan expuesto al sol altiplánico que mostraba destellos amarillentos, confundiéndose con su patilla irregular, casi de adolescente, tijeateada sagradamente al inicio y al término de cada cuarto menguante. Sus manos gruesas, con surcos profundos de extremo a extremo, aún mantenían la fuerza de veinte años atrás, y sus dedos, terminados en uñas de corte recto, contrastaban con su caminar encorvado, como si esta vez fuera cierto eso que algunos vecinos decían entre bromas: que un buitre gigante se había posado en la espalda del viejo Apolonio.

2

Los médicos fueron instalados en un amplio consultorio, habilitado días antes por la junta vecinal especialmente para ellos. Gracias a la colaboración de comerciantes que donaron terrenos y dinero para mantenerlos activos durante cinco meses, solo restaba esperar la firma del decreto que los nombrara oficialmente en el cargo, con asignación de casa y honorarios incluidos.

La llegada de los dentistas fue noticia durante una semana en los periódicos del departamento. Cada nota que se escribía sobre ellos era acompañada por elegantes retratos, mientras que sus contundentes currículos no hacían más que aumentar el respaldo de la ciudadanía.

Su sofisticada preparación e innumerables conocimientos dentales, sumados a su elegancia de modales y pulcritud en el trabajo, provocaron que las jornadas de atención se convirtieran en un acontecimiento social del que nadie en Elvira y sus caseríos circundantes quiso quedar al margen. La sala de espera y los alrededores del consultorio se transformaron en un desfile de todas las clases sociales, sin contar, por cierto, el creciente grupo de jovencitas que acudía solo para comprobar si los médicos eran tan buenos mozos como aparecían en la prensa.

Después de lidiar a empujones con los vecinos agolpados en la entrada, las autoridades informaron que la mañana quedaría reservada para personalidades de gobierno, comerciantes y sus familiares, mientras que en la tarde las atenciones corresponderían exclusivamente a obreros, dueñas de casa e indigentes que pasaban largas horas en la recepción para asegurar su turno. Sin embargo, a pesar de las reiteradas aglomeraciones, la vitalidad y el profesionalis-

mo de los médicos aseguró que todo el mundo tendría derecho a atenderse gratuitamente.

Antes de la apertura del consultorio, Elvira contaba con dos médicos capacitados para ejercer la dentística, pero estaban tan viejos y con el pulso tan inestable que todos preferían a los flebotomos, quienes, a pesar de que no dudaban en aplicar las mismas técnicas utilizadas en chancadoras o fábricas de carretas, aliviaban cualquier problema dental que afectara a los pacientes.

Muchos de estos «dentistas de campaña», como se hacían llamar, contaban con oficios paralelos como barberos, albañiles o maestros de carpintería. Por esta razón fue que, al enterarse de la llegada de los especialistas, varios sangradores simplemente guardaron su instrumental o lo llevaron a lugares de compra y venta de metales, olvidándose para siempre de «los misterios de la boca humana», como acostumbraban decir cuando no sabían muy bien de qué manera tratar a sus pacientes.

Pero hubo otros, como Apolonio, que se quedaron de brazos cruzados y tardaron varios días en dar crédito a lo que todo el mundo comentaba, pues la presencia de los jóvenes médicos era promovida con carteles pegados en las plazas y principales calles como «un paso más en la historia médica de Bolivia, la segura antesala para el establecimiento de nuevos hombres de bien que marcarán la historia de progreso del país».

Luego de la consternación inicial, Mancuso trató de mantener la calma. Por muy preparados que fueran los nuevos, pensaba, no tendrían jamás la experiencia de la que gozaba él y sus colegas. A pesar de su convicción, el flebotomo decidió bajar su tarifa a menos de la mitad y remodelar el sitio donde trabajaba. Para ello compró dos pequeñas estanterías de vidrio —en reemplazo de los cajones de madera donde almacenaba las botellas con sus líquidos anestésicos—, un delantal nuevo y se preocupó de esterilizar siempre sus instrumentos delante de sus pacientes, para lo cual también debió renovar el mechero y la olla en la que hervía las tenazas. Pero todo fue en vano. Si Apolonio tenía dos

repisas, los jóvenes dentistas tenían una pared completa con toda clase de brebajes y pócimas perfectamente clasificadas. Si Apolonio se esmeraba por desinfectar el suelo de tierra de su consulta con baldeadas de jabón y parafina tres veces al día, los profesionales trabajaban sobre un piso de madera pulida. Y, finalmente, si Apolonio cobraba lo que en una feria podría ser el precio de tres tomates, los otros trabajaban gratis.

Pero no fue sino hasta cumplir un mes sin atender a ningún paciente cuando Mancuso comenzó a desesperarse. Poco lograría si iba hacia la cola en las afueras del consultorio a ofrecer por unos pocos centavos lo que adentro daban a cambio de nada. Menos aún estaba dispuesto a soportar las burlas por sus rústicos métodos y herramientas de trabajo, ahora que Elvira contaba con expertos y confiables sacamuelas.

Apolonio, entonces, volvió a sus apuntes. Revisó todo el material del que disponía, todas las recetas y tratados, contrastándolas una por una, en busca de una revelación que hubiera pasado por alto cuando sacó sus primeras conclusiones sobre la flebotomía. Pero no encontró nada nuevo. Nada que los jóvenes no supieran ni aplicaran. Hasta que en un último intento, cuando poco a poco empezaba a tener la sensación de que debería dedicarse a otra cosa, se animó a visitar nuevamente la biblioteca del pueblo.

Mancuso no entraba allí desde los tiempos en que comenzó su instrucción dentística, cuando ni siquiera era una biblioteca, sino más bien una pieza de paredes endebles donde había una mesa con unas cuantas decenas de libros apilados en medio de un descomunal desorden, muchos de los cuales llegaban ahí por disposición municipal luego de que las autoridades confiscaran algún cargamento de contrabando en las afueras de Elvira. Había pasado tanto tiempo desde aquella vez, que los jóvenes funcionarios que lo recibieron quizás ni habían aprendido a leer cuando Mancuso se convirtió en uno de sus más asiduos visitantes y, por supuesto, ignoraban las muchas anécdotas que él les contó para entrar en confianza con tal de que fuera autori-

zado a recorrer los anaqueles de hierro que ahora la cruzaban de extremo a extremo.

Allí el flebotomo pasó una semana completa leyendo libros de memorias, ensayos de medicina general y todo cuanto intuyó que podría serle útil, pero seguía sin encontrar nada revelador, nada que no supiera. Sin embargo, una tarde, poco antes de que los encargados le anunciaran que estaban por cerrar, Mancuso dio con un portafolios carcomido por la humedad que contenía una serie de recortes de diarios argentinos. Sin mayor interés, Apolonio fue pasando las hojas amarillentas, más pendiente de los hongos que asomaban por los costados que de lo que pudieran decir, hasta que de pronto sus ojos se clavaron en una crónica cuyo titular hizo que le temblaran las manos:

DESTACADO ODONTÓLOGO JOHN GREENWOOD
PRESENTÓ TALADRO DENTAL EN ESTADOS UNIDOS

Mancuso tragó saliva, se acomodó los lentes y se inclinó en la mesa hasta casi pegar su cara al papel. Cada frase, cada nombre, cada palabra que iba leyendo, le producían tantos escalofríos y contracciones en los músculos de las piernas, que se debió parar varias veces de la silla para no acalambrarse de pura impresión. Nunca se le habría ocurrido algo de esa naturaleza; toda su vida la había dedicado a sacar muelas casi sin preocuparse ni pensar en que algunas era posible conservarlas. ¿Cuántos dientes y colmillos tendrían arreglo si en Elvira contaran con una máquina como la de Greenwood? Y justamente de eso se trataba, de limpiar las piezas y salvarlas del tarro de la basura.

De golpe, Mancuso había comprendido que la gracia de su labor radicaba en eso, en la posibilidad de mantener una dentadura intacta, en la medida que su estado lo permitiera. Jamás habría pensado que alguien pudiese estar tan adelantado en sus conocimientos como para fabricar una maquinaria semejante a la que se describía en esa cuartilla a punto de deshacerse por la humedad, ni menos aún con materiales como los descritos y que, ciertamente, luego de

anotarlos en una extensa lista, se dio cuenta de que varios estaban a su alcance.

Apolonio tomó con sumo cuidado el portafolios y lo llevó hacia donde estaban los bibliotecarios. Por supuesto, quería saber el origen de aquellos papeles, pero ninguno supo decirle con certeza la procedencia ni menos aún la fecha en que habían ingresado al archivo.

—Es más —le dijo uno de ellos—, si le interesa algo de ahí, puede llevárselo, porque todos esos papeles que están en el estante de donde sacó ese legajo se van pronto a la bodega.

—¿Y qué más hay en la bodega? —preguntó Mancuso.

—Todo lo que no nos sirve ni podemos clasificar.

—Es que usted comprenderá, don Apolonio, que no podemos guardar cualquier cosa que nos llegue —se disculpó el otro bibliotecario.

Sin salir del asombro, y confiando en que pasarían muchos años para que un instrumento como aquél llegase a Elvira, Apolonio regresó a su casa tan rápido como pudo.

3

Sentado en su pupitre, el flebótomo de inmediato comenzó a transcribir cuidadosamente la crónica. Una vez que terminó, guardó el original en el cajón donde tenía su dinero y otros objetos de valor, volvió a su mesa y leyó una y otra vez lo que había copiado, tratando de imaginar la forma de la máquina de Greenwood y su modo de empleo. Según los datos, intuyó que debía tratarse de un taladro cuya base y tronco medían más de un metro de altura, sin contar el brazo mismo, extendido hacia la boca del paciente con un sistema de alambres y resortes que permitían la acción de la broca gracias al impulso de un pedal.

Apolonio tomó un papel y de inmediato trató de darles forma a las descripciones del taladro con una serie de primitivos dibujos, en busca de la manera más lógica para hacerlo funcionar a través del movimiento del pie.

Luego de examinar los bocetos, cayó en la cuenta de que los alambres del pedal debían estar lo suficientemente tensos para imprimirle rapidez, por lo que requería una base con mayor estabilidad.

Apolonio miró los dibujos y se sintió conforme. Supuso que no sería tan difícil que en las maestranzas entendieran su encargo, pero al cabo de unos minutos reparó en un pequeño detalle que se transformó en pregunta.

—¿Y cómo carajos aseguro la broca? —se dijo.

Mancuso regresó a la crónica. Luego de numerosas lecturas —varias las hizo en voz alta— advirtió que John Greenwood había logrado perfeccionar la estructura del taladro gracias al estudio de los movimientos del torno, y coincidía con numerosos colegas norteamericanos —todos, por cierto, desconocidos para él— respecto a la urgencia

de encontrar cuanto antes la forma de eliminar el pavor que causaba en los enfermos la posibilidad de que por algún descuido, por algún error milimétrico, el pulso los traicionase y la punta de la herramienta se clavara en la encía del paciente.

Con este dato, y tras algunas averiguaciones con los albañiles que trabajaban frente a su casa, Apolonio descubrió que lo fundamental estaba en la base del artefacto, en el modo de conectar el impulso a la broca a través de un pedal resistente, similar a los que se utilizaban en los telares para conseguir el equilibrio y, por lo tanto, el control del pulso.

—Tenemos trabajo —susurró, extendiendo sus arrugados dibujos sobre el pupitre.

Dos días después, con un portafolios cargado con más de medio kilo de papeles con apuntes y planos bajo el brazo, Mancuso visitó numerosas maestranzas, fábricas y talleres de Elvira y sus alrededores donde creyó podrían dar forma al taladro. Luego de enseñar y exponer cuidadosamente sus documentos, el viejo consultaba precios y plazos de entrega, pero los dueños no hacían otra cosa que mirarlo intrigados y sorprendidos por lo insólito del encargo. Entonces Apolonio, indiferente a cualquier recelo y sin permitir que nadie siquiera le mencionara el más mínimo reparo a su plan, volvía a entregar nuevos detalles de lo que quería, pero los patrones siempre terminaban dando un paso al costado, ya fuese porque no entendían las instrucciones o bien por el temor que les provocaba un aparato de las características que él describía.

—No quiero ser cómplice de nada, paisano. No quiero matar a nadie con esa máquina —le decían, y entonces Mancuso, sin darse tiempo para la decepción, tomaba sus papeles y con un rápido «muchas gracias, para otra vez será», salía en busca de otro taller.

Luego de un extenso recorrido, Apolonio llegó finalmente a la armaduría de carretas de Huáscar Castañón, en las afueras del pueblo, quien luego de escuchar sus explicaciones, aceptó el encargo a cambio de 200 bolivianos, el do-

ble de lo que Mancuso estaba dispuesto a gastar en un principio.

Tres semanas después de cerrado el trato, el flebotomo entraba al patio de la fábrica para ver su propio taladro: un armatoste de casi un metro y medio de alto, similar a un cuerpo humano partido por la mitad en forma vertical, compuesto por una gruesa pierna de fierro que se extendía hacia el tronco, terminando en un delgado brazo metálico cubierto de remaches, cadenas y resortes, desde donde se devolvían hasta su base, en el mismo sentido y como una suerte de arterias y nervios, tres largos alambres alineados que confluían en un pedal hecho de madera, incrustaciones de lata, correas, tachuelas y trozos de cuero.

Huáscar Castañón avanzó hacia el taladro y, con una sonrisa llena de orgullo, puso el pie derecho en el pedal y comenzó a cargarlo con movimientos suaves y rítmicos, mientras que a su costado, produciendo un sonido agudo, similar a las ruedas de carreta que chirrían por el óxido o la falta de grasa, el brazo daba violentas puntadas al aire como picotazos de un ave prehistórica.

Apolonio la examinó con detención, observando cada detalle, cada una de las terminaciones. Ahí estaba su taladro, ahí lo tenía, como un animal dormido frente a su amo, a la espera de una orden para empezar el trabajo.

—Ahora tenemos que probarlo —dijo Mancuso.

—Cuando quiera —contestó Castañón con toda confianza.

Tras asegurar cada uno de los remaches de la máquina, probaron su efecto sobre huesos de diversos animales, entre ellos de cordero, vaca, gallina y lo que supusieron debía ser una costilla de caballo que Apolonio consiguió en la recova del pueblo luego de que la hirvieran en una olla de caldo. Dispuestos de manera estratégica sobre un pupitre, el flebotomo acercaba con sumo cuidado la punta del taladro hacia el objetivo, al tiempo que Castañón comenzaba a enroscarlo con fuerza, pero, invariablemente, no conseguían más que astillar la corteza de los huesos.